

## **Vivir en santidad en tiempos de guerra. El canónigo Jacinto Llanos y Valdés (1735-1815)**

JUVENAL JARAMILLO MAGAÑA\*

El 21 de junio de 1815, cerca de las nueve de la noche, los habitantes de Valladolid de Michoacán escucharon con inquietud y zozobra los inconfundibles toques de la campana mayor de la catedral anunciando la muerte de uno de sus prebendados. Poco después, la noticia corrió por las calles y casas de aquella ciudad fuertemente devastada por los muchos asedios insurgentes y el despoblamiento. Se trataba del fúnebre anuncio de la muerte del señor licenciado José Jacinto Llanos y Valdés, racionero de la catedral michoacana, quien a sus ochenta años había traspasado los umbrales de esta vida.

En buena medida, el llanto y duelo general por la muerte de José Jacinto Llanos y Valdés obedecía a que este hombre había hecho de su pobreza de espíritu, de la misericordia, de su carácter pacificador y de una vida de santidad los principales rasgos de su personalidad. A decir de uno de los pocos autores que se han ocupado de él, «dedicó este señor prebendado su vida a practicar la caridad entre los pobres y hacer duras penitencias». <sup>1</sup> Además, a él debían la vida varios peninsulares que habían sido encerrados en el ex colegio jesuita aquel mes de noviembre de 1810.

SOBRE EL AUTOR

\* Doctor en Ciencias Sociales. Sus investigaciones versan principalmente sobre historia de la Iglesia en México. Le fue concedido el premio “Ernesto de la Torre Villar” a la mejor tesis de doctorado en 2012. Es profesor-investigador en el Instituto Nacional de Antropología e Historia-Michoacán.

<sup>1</sup> G. IBARROLA ARRIAGA, *Familias y casas de la Vieja Valladolid*, Fimax Publicistas, Morelia 2009, 246.

La campana mayor había sonado cuarenta veces «con sonido pausado», cual correspondía a la muerte de un racionero y según lo habían dispuesto los prebendados michoacanos de mediados del siglo XVII.<sup>2</sup> Las horas siguientes fueron de dolor, pesar y luto para la mayoría de los habitantes de Valladolid de Michoacán. Ese pesar y duelo no se habían experimentado entre los vallisoletanos por el deceso de una persona quizá desde aquel 17 de junio de 1804, cuando murió el obispo fray Antonio de San Miguel.

¿Por qué la muerte del racionero Llanos y Valdés, a diferencia del deceso de otros prebendados de la catedral michoacana, conmocionó a la mayoría de los vallisoletanos? El presente trabajo tiene por propósito mostrar algunos aspectos de la historia de vida y la actuación de aquel clérigo en un momento crítico del año en el que dio inicio la guerra insurgente en Valladolid de Michoacán, y que lo situaron como la principal autoridad moral para la mayoría del público y de las autoridades de su época.

Además, este trabajo tiene el propósito de ponderar la actuación de un pacificador, sin filiación alguna con la insurgencia, ni con la contrainsurgencia, en un momento concreto de la guerra insurgente, en tanto que la mayoría de los estudios biográficos sobre los años 1810-1821, se ha centrado en los militantes de alguno de los dos bandos protagonistas del conflicto: insurgentes y contrainsurgentes.

Sin embargo, no es fácil reconstruir la historia de vida de un personaje que se empeñó en pasar por anónimo, y se dio a ser congruente con lo señalado en el versículo 2 del primer capítulo del *Eclesiastés*. Su carácter, un tanto cuanto misántropo, tendiente a vivir apartado del mundo, además de su firme vocación y su acendrado cristianismo puro, lo llevaron a no buscar fama, gloria ni poder, lo cual lo elevó hasta los niveles más altos de admiración,

---

<sup>2</sup> Cf. Archivo del Cabildo Catedral de Morelia (En los sucesivo ACCM), *Libros de actas de cabildo*, libro 7, años 1650-1656, sesión de cabildo del 17 de mayo de 1652, f.130v.

respeto y devoción por parte de la mayoría de sus contemporáneos, pero casi sin dejar huella documental de su paso por este mundo.

La devoción hacia su persona tuvo tintes verdaderamente insólitos durante su entierro, cuando una multitud estorbó en repetidas ocasiones éste, siendo necesario «retirarlos y depositarlo hasta las dos y media de la tarde, cuando el sosiego de la siesta diera tiempo para sepultarlo, pero a pesar de esta precaución, llegada la hora asignada, se llenó la bóveda de gente»,<sup>3</sup> en un acto de extrema devoción popular y buscando algo así como una reliquia que los hiciese estar cerca por siempre de aquel hombre singular.

Los tiempos en los que vivió como prebendado de la catedral de Valladolid de Michoacán, habían contribuido al ascenso de su autoridad moral entre los habitantes de esta ciudad, pues aquéllos habían estado marcados por una insaciable búsqueda de ascensos capitulares, de fama, riquezas y poder, además de un escandaloso relajamiento disciplinar. Solamente Llanos y Valdés sería, quizá, la excepción a ello.

## 1. Su nacimiento, estudios y primeros destinos

Había nacido en la villa de Jerez,<sup>4</sup> muy cerca de la ciudad de Zacatecas, en el obispado de la Nueva Galicia, en el seno de una familia acomodada, aunque no de las más ricas del lugar, y que se había asentado en la región desde mediados del siglo XVIII.<sup>5</sup> Los Llanos y Valdés posiblemente habían llegado de Andalucía o de

<sup>3</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

<sup>4</sup> Cf. ARCHIVO GENERAL DE INDIAS (en adelante AGI), *Audiencia de México*, legajo 2570, f. 483 y <https://gw.geneanet.org/salvadorcabral?lang=es&p=jose+jacinto&n=de+llanos+y+valdes>, 08.11.2021.

<sup>5</sup> Cf. R. DENNIS SHADOW, *Tierra, trabajo y ganado en la región norte de Jalisco. Una historia agraria de Villa Guerrero, Jalisco (1600-1980)*, El Colegio de Michoacán/ Universidad de Guadalajara/Centro Universitario del Norte, Zamora 2002, 81-97.

Asturias, regiones españolas en las que tal apellido compuesto fue muy común durante el siglo XVIII.<sup>6</sup>

Como muchos de los criollos que accedieron a los círculos académicos y eclesiásticos en la época virreinal, nuestro personaje era presunto descendiente de cristianos viejos, «nobles y limpios de toda mala raza».

Profundamente católicos, al parecer sus padres, don Juan José de Llanos y Valdés y doña Agustina Carlos de Godoy, se ocuparon de que sus hijos siguieran una carrera, por lo que Jacinto fue llevado desde su natal Jerez a la capital de la Nueva Galicia, donde fue inscrito en el colegio seminario de San Juan Bautista, plantel educativo que había sido fundado como colegio convictorio de los jesuitas el 28 de julio de 1696 y serviría como internado para los estudiantes que pasaban a Guadalajara desde el interior del obispado «y aún del norte y occidente de la Nueva España», aunque las cátedras las tomaban en el adjunto colegio de Santo Tomás, también administrado por la Compañía de Jesús.<sup>7</sup>

Como alumno interno del colegio de San Juan Bautista estudió gramática en el colegio de Santo Tomás, y posteriormente fue inscrito en el Seminario Tridentino de Guadalajara, donde cursó retórica, pero al poco tiempo volvió al colegio de San Juan para estudiar filosofía y teología, pues al parecer estas cátedras fueron fundadas en este plantel educativo.<sup>8</sup>

Su primer destino ministerial, una vez ordenado de presbítero por el obispo Diego Rodríguez de Rivas y Velasco (1762-1770), fue precisamente su población natal: la villa de Jerez, en la que

---

<sup>6</sup> Cf. A. DE SALAZAR MIR, *Los expedientes de limpieza de sangre en la catedral de Sevilla (genealogías)*, III, Hidalguía, Madrid 1998, 104 y 173; J. B. RUIZ RIVERA, *Encomienda y mita en Nueva Granada*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla 1975, 142-143, 386, 387 y 414.

<sup>7</sup> Cf. E. J. PALOMERA, *La obra educativa de los jesuitas en Guadalajara. 1586-1986. Visión histórica de cuatro siglos de labor cultural*, Instituto de Ciencias-Universidad Iberoamericana Santa Fe – ITESO, México 1997, 84-86.

<sup>8</sup> Cf. AGI, *Audiencia de México*, legajo 2570, f. 483.

se desempeñó como vicario del cura durante un lustro, y enseguida, en 1765, fue nombrado por ese mismo prelado como cura del pueblo de Salatitán, población de indios muy próxima a Tonalá, donde permaneció durante tres años. Siendo cura de Salatitán, lo sorprendió la expulsión de los jesuitas.<sup>9</sup>

En aquellos álgidos años de la visita general de don José de Gálvez, y de la puesta en marcha de algunas de las primeras reformas borbónicas más agresivas, el señor Llanos y Valdés fue nombrado cura beneficiado, vicario y juez eclesiástico del real de minas de San Gregorio Mazapil, destino en el que pasó diecisiete años.<sup>10</sup>

Considerado como una frontera entre la Nueva Galicia y las entonces muy remotas tierras del norte del virreinato novohispano,<sup>11</sup> Mazapil había sido una doctrina franciscana durante más de dos siglos y, aún en los años de Llanos y Valdés como cura párroco, los franciscanos tenían una importante presencia e influjo entre los pobladores, especialmente entre los indos guachichiles, que constituían la mayoría de la población.

Su último destino como cura vicario y juez eclesiástico fue en el Real de Sierra de Pinos –otro real de minas, como el de Mazapil–, población integrada al camino real de tierra adentro, donde se mantuvo durante doce años y donde, al parecer, cultivó una gran amistad con los franciscanos del convento de La Purísima Con-

<sup>9</sup> Cf. AGI, *Audiencia de México*, legajo 2570, f. 484.

<sup>10</sup> Cf. AGI, *Audiencia de México*, legajo 2570, f. 484; V. GARZA MARTÍNEZ – J. M. PÉREZ ZEVALLOS (paleografía, introducción y notas), *Las visitas pastorales de Mazapil. (1572-1856)*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Municipio de Mazapil, Zacatecas/Archivo Histórico del Estado de San Luis “Lic. Antonio Rocha Cordero”/Editorial Letra Antigua/Instituto zacatecano de Cultura “Ramón López Velarde”, Zacatecas 2007, 59; 344; 346 y 347.

<sup>11</sup> Cf. J. A. DE VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, *Teatro americano. Descripción general de los reinos y provincias de la Nueva España y sus jurisdicciones*, Imprenta de la viuda de don Joseph Bernardo de Hogal, México 1748, 267; C. SHERIDAN, *Anónimos y desterrados. La contienda por el “sitio que llaman de Quauyla”*. Siglos XVI-XVIII, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Miguel Ángel Porrúa, Librero Editor, México 2000, 87.

cepción, a quienes colocó como sus herederos en su testamento,<sup>12</sup> aunque murió en gran pobreza. Es posible que se haya identificado con esos religiosos por su austeridad, su vocación limosnera, y por su renuncia al mundo. En ese curato novogalaico puso todo su empeño para mejorar el estado de la fábrica material, iniciando en 1795 los trabajos que permitieron su ampliación con dos naves más, que quedaron inconclusas<sup>13</sup> por el traslado de nuestro personaje al cabildo catedral de Valladolid de Michoacán, y aún hasta hoy están inconclusas.

Aún no están claros los motivos por los que los consejeros de Indias propusieron al rey Carlos IV el traslado del bachiller Jacinto Llanos y Valdés al cabildo catedral de Valladolid de Michoacán. Sin embargo, es de suponerse que en ello intervinieron dos principales motivos: el más importante y de mayor peso serían sus muchos años de ministerio sacerdotal en curatos apartados y de difícil administración por la convivencia en ellos de diferentes razas y castas, generalmente enemistadas y confrontadas, más aún en los microcosmos que representaban los reales mineros. Nunca se tuvo queja alguna sobre él, ni noticia de escándalo alguno. El otro motivo —estrechamente relacionado con el anterior— por el que posiblemente se dio el antedicho traslado, que significaba un reconocimiento a la trayectoria de nuestro personaje, sería su condición de hermano del entonces obispo de Monterrey, quien habría promovido un ascenso para su hermano menor.

## **2. El traslado al Cabildo catedral de Valladolid de Michoacán**

El 14 de enero de 1798, el rey Carlos IV, a consulta del Consejo de Indias, le extendió el nombramiento a una media ración del ca-

---

<sup>12</sup> Cf. G. IBARROLA ARRIAGA, *Familias y casas de la vieja Valladolid*, 246.

<sup>13</sup> Cf. B. del HOYO CALZADA, «La parroquia de San Matías de Sierra de Pinos», en *Historia de la diócesis de Zacatecas*, en: <http://historiadeldiodesisdezacatecas.blogspot.com/>, 08.11.2021.

bildo catedral de Valladolid de Michoacán, que había resultado vacante por ascenso del licenciado Sebastián de Betancourt y León a una ración de ese mismo senado episcopal,<sup>14</sup> y el 16 de octubre de 1798, se le dio posesión de esa pieza capitular. El título le había sido expedido en Aranjuez, el 14 de enero de 1798.<sup>15</sup>

No pasaría mucho tiempo para que sus colegas prebendados, ya bien enterados del carácter pacificador y conciliador del señor Llanos, le solicitasen su intervención para apaciguar los ánimos de los indios de Santa fe de la Laguna, quienes habían entrado en conflicto con su cura rector, y tanta era la violencia y enojo de aquellos naturales, que habían llevado a su cura a determinar su traslado a Cocupao, desde donde iba ocasionalmente solamente a dar la misa los días de fiesta, o cuando era llamado a alguna urgencia. Para tranquilidad de los prebendados michoacanos, quienes tenían el vicepatronazgo de Santa fe de la Laguna, los buenos oficios del señor Llanos y Valdés tuvieron éxito, concluyendo aquel conflicto con la petición de perdón y satisfacción de los de Santa fe de la Laguna a su ministro.<sup>16</sup>

Fue, sin duda alguna, su desprecio por las cosas del mundo: dinero, riquezas, fama y honores, lo que lo llevó a vivir y morir en la pobreza, y a renunciar a lo que casi todos sus colegas perseguían afanosamente. De manera pues, que mientras la mayoría de sus compañeros prebendados buscaban frenética y neuróticamente escalar peldaños en el cabildo catedral, y en la jerarquía eclesiástica en general, él se había resistido a diferentes nombramientos hechos por sus colegas capitulares, y había preferido mantenerse sin mover nada en los altos círculos, ni por sí mismo, ni por medio de apoderado, para lograr ascensos.

<sup>14</sup> Cf. AGI, *Audiencia de México*, legajo 2569, f. 1026.

<sup>15</sup> Cf. ACCM, *Actas de cabildo*, libro 40, años 1798-1801, sesión de cabildo del 16 de octubre de 1798, ff. 282-286.

<sup>16</sup> Cf. ACCM, *Actas de cabildo*, libro 40, años 1798-1801, sesión de cabildo del 16 de agosto de 1799, ff. 366-367.

De hecho, en 1814, con la vuelta de Fernando VII al trono español, se reactivaron muchos nombramientos y ascensos en el cabildo catedral de Valladolid de Michoacán,<sup>17</sup> y en ese entonces, al racionero Jacinto Llanos y Valdés le correspondía un ascenso a canónigo de merced. Sin embargo, tal ascenso nunca llegó, y esto quizá por no haberlo pretendido así el propio Llanos y Valdés, ni haber realizado todos los procedimientos para tal propósito.

Y es muy posible que su arribo al cabildo catedral de Valladolid de Michoacán haya obedecido al capital relacional y al prestigio de su hermano, el tercer obispo de Monterrey, don Andrés Ambrosio de Llanos y Valdés, aparejado con los muchos años de servicio que como cura párroco había prestado en el Real de Sierra de Pinos, recompensados por el Consejo de Indias.

### 3. Vida en santidad

El principal rasgo en la personalidad de Jacinto Llanos y Valdés, al menos desde su arribo a la capital michoacana, fue su vida de santidad. Es decir, un estilo de vida lo más apartado posible de las cosas del mundo y dedicado a las cosas de Dios: la oración, el ayuno y la penitencia, amalgamados con la lectura y meditación de la Biblia, las obras piadosas y el cuidado de su ministerio sacerdotal. De hecho, en el certificado de su muerte se consignó que, como un recurso para someter la carne, según se sabía de cierto un número considerable de personas, el señor Llanos usaba "continuamente" de cilicios.<sup>18</sup>

Pese a que su abuelo, el capitán don Juan José de Llanos y Valdés, era hombre de una posición desahogada,<sup>19</sup> el padre de nuestro personaje había prosperado económicamente yendo de la minería

---

<sup>17</sup> Cf. AGI, *Audiencia de México*, legajo 2568, ff. 68-294.

<sup>18</sup> Cf. ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

<sup>19</sup> Cf. B. DEL HOYO CALZADA, «La parroquia de San Matías de Sierra de Pinos», s.n.p.



a la agricultura y después a la ganadería, y su hermano mayor, don Andrés Ambrosio Llanos y Valdés, fue electo y consagrado tercer obispo de Monterrey en 1792, después de una brillante carrera como estudiante y catedrático en la Universidad Pontificia de México.<sup>20</sup>

Jacinto Llanos y Valdés murió en la más absoluta pobreza, teniendo como bienes sólo una camisa y unos calzoncillos viejos, un par de medias de lana viejas, una chupa, una sotana y un capingón, «de suerte que el eclesiástico más miserable tendría mejor ropa», señaló el secretario del cabildo catedral, don Patricio Diego Quirban. Por lo que hace a su ajuar, éste se componía de «un colchón de cotense, muy sucio y maltratado, con dos pedazos blancos de trapo que dijeron ser las sábanas».<sup>21</sup>

Según Patricio Diego Quirban, quien había conocido a nuestro personaje desde aquellos tiempos de cura de Sierra de Pinos, y quien desde el 19 de abril de 1814 era el secretario del cabildo catedral, Llanos y Valdés había observado en aquella parroquia «una vida sumamente laboriosa en el ministerio parroquial, de manera que ocupado todo el día, rezaba las horas canónicas a las diez de la noche hincado de rodillas y por eso, por su desinterés, su vida tan frugal, su ropa reducida a la que traía en el cuerpo, se granjeó una opinión tan general, que en todo el obispado era alabada su virtud».<sup>22</sup>

De hecho, en un breve y muy puntual informe elaborado por el obispo electo Manuel Abad y Queipo sobre su clero, y dirigido al rey Fernando VII, casi un año antes de la muerte del racionero Llanos y Valdés, en agosto de 1814, mientras que de muchos de

<sup>20</sup> Cf. I. VIZCAYA CANALES, «Don Andrés Ambrosio de Llanos y Valdés», *Humanistas. Anuario del Centro de Estudios Humanísticos*, Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey 1973, 457-467.

<sup>21</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

<sup>22</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

aquellos clérigos considerados merecedores de ser promovidos a prebendas y dignidades, «buenos patriotas y libres de la nota de infidencia», simplemente se refiere su origen geográfico o unas dos o tres líneas sobre sus méritos, de nuestro personaje se subrayan los rasgos que se han venido perfilando aquí, y por los que el excomulgador de Hidalgo recomendaba ascensos para Llanos y Valdés. Fue el mismo Abad y Queipo el que en ese documento previno al rey de que, aunque todos los capitulares michoacanos, excepto Martín García de Carrasquedo, eran «beneméritos de la real clemencia de V. M. para seguir la escala de sus ascensos en esta Santa Iglesia o en las demás iglesias de toda la monarquía, como eclesiásticos de arreglada conducta y de instrucción suficiente», sin embargo, de entre ellos se distinguían y sobresalían cinco: el maestrescuela doctor don Manuel de la Bárcena, el canónigo magistral licenciado José de la Peña, el canónigo lectoral doctor José Díaz Hortega, el canónigo de gracia licenciado José Manuel de Aguirre-burualde, y el racionero Jacinto Llanos y Valdés, quien «era muy recomendable por su caridad y ocupación continua en el socorro y alivio de las necesidades del prójimo».<sup>23</sup>

Ese espíritu caritativo y consagrado a socorrer y aliviar al prójimo llevó a que Llanos y Valdés viviera y muriera en un pequeño aposento que le fue facilitado en el ex colegio jesuita, por carecer de casa propia y de recursos para pagar renta. Muchos de sus colegas prebendados, en cambio, eran poseedores de hermosas casonas en la calle real o en los portales frente a la catedral, además de casas de descanso y veraneo en la calzada de Guadalupe, poseían numerosas y riquísimas bibliotecas, eran propietarios de esclavos y contaban con muchísimas, finas y elegantes prendas de vestir,<sup>24</sup> Llanos eligió, pues, llevar una vida de desprendimiento,

---

<sup>23</sup> AGI, *Audiencia de México*, legajo 2568, ff. 56-57.

<sup>24</sup> Cf. J. JARAMILLO M., *Una elite eclesiástica en tiempos de crisis. Los capitulares y el Cabildo Catedral de Valladolid-Morelia (1790-1833)*, El Colegio de Michoacán/ Instituto Nacional de Antropología e Historia, Zamora 2014, 151-168.

caridad, ayunos y oración, más parecida a la de un anacoreta, que a la de un canónigo común de sus tiempos.

Todo el dinero que percibió como prebendado de la catedral lo repartió entre las viudas, huérfanos y pobres que siempre hubo en la ciudad desde su arribo a ella, allá por el año de 1798, a ocupar la media ración que había resultado vacante por ascenso del licenciado Sebastián de Betancourt y León a una ración completa.<sup>25</sup> De hecho, había llegado a la capital michoacana sin mayor equipaje ni ajuar, pues también en Mazapil y Sierra de Pinos lo había repartido todo entre los pobres. De manera que, cuando murió, tuvo que ser enterrado de limosna, por una cooperación que hicieron sus colegas capitulares, el ayuntamiento, el comandante de armas de la plaza, su oficialidad «y demás personas de distinción» que fueron convidadas por el cabildo catedral a los funerales. En la invitación que les realizó el secretario del cabildo catedral a todos aquellos señores, se les recordaba «la ejemplar vida y notoria virtud del humildísimo y caritativo señor licenciado José Jacinto Llanos y Valdés».<sup>26</sup>

Congruente con su estilo de vida, había dispuesto que su cadáver fuese sepultado «sin pompa».<sup>27</sup> Y aquella manera de vivir fue lo que le confirió una autoridad moral e hierocrática única entre los muchos eclesiásticos que residían en la ciudad de Valladolid de Michoacán, una ciudad levítica y sacerdotal por ser ella capital diocesana, pero también capital de diferentes órdenes religiosas y asiento de dos importantes planteles educativos eclesiásticos.

Sin embargo, no solamente su desprendimiento y su vida limosnera y caritativa le granjeó un profundo respeto y admiración de todo tipo de personas en su tiempo. Fue también su vida alejada

<sup>25</sup> Cf. AGI, *Audiencia de México*, legajo 2569, ff. 1026-1027.

<sup>26</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

<sup>27</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

de los escándalos y del protagonismo político y académico lo que le valió convertirse en un importante instrumento para conservar la paz en la capital michoacana en los aciagos años de 1810-1815, además de ser factor principal para que se conservase la vida de varios españoles peninsulares que habían sido mandado tomar prisioneros por órdenes de Miguel Hidalgo, cuando hizo su primera entrada a la ciudad como caudillo insurgente.

De hecho, muy al principio del movimiento insurgente se escribieron diferentes papeles en los que se aseguraba que la principal causa de que hubiese sido el obispado de Michoacán la cuna del movimiento acaudillado por el cura Miguel Hidalgo, era la falta de gobierno eclesiástico en los veinticuatro años anteriores, pues este había recaído principalmente en Manuel Abad y Queipo y en el bachiller Santiago Camiña. Como se sabe, el primero había sido el juez de testamentos, capellanías y obras pías desde 1784, y desde mayo de 1810 era el obispo electo, pero siempre había ejercido gran influencia en los principales asuntos del gobierno diocesano. Por su parte, Santiago Camiña había sido el secretario de cámara de los obispos desde 1784, y como tal había tenido conocimiento y quizá también influjo en todos los asuntos más importantes de las gestiones episcopales en los últimos treinta años.

A decir del autor o los autores de aquellos papeles, tanto Manuel Abad y Queipo como Santiago Camiña habían sido sumamente omisos y permisivos en el renglón disciplinar, hasta el punto de que en vísperas del estallido insurgente, convocado por el cura Miguel Hidalgo, casi la mitad de los señores miembros del cabildo catedral tenían sus concubinas viviendo con ellos en sus propias casas, y varios de ellos eran unos verdaderos coimes, muy aficionados a los juegos de cartas y albures, para lo que muchos de ellos habían puesto su propia casa como sitio de juego y tertulias. Sin embargo, de esa presunta descomposición moral e indisciplina eclesiástica siempre se exceptuó, explícitamente, al señor Llanos y Valdés, jun-

to con otros dos miembros del senado episcopal: al montañés José de la Peña y al patzcuarenses Miguel Alday.<sup>28</sup>

Por lo demás, no solamente algunos miembros del cabildo catedral habían incurrido en graves faltas e indisciplinas, sino también varios curas del interior de la diócesis habían caído escandalosamente en amancebamientos, y estar constituidos en grandes aficionados a los juegos de cartas, a los bailes, a las peleas de gallos y a los negocios, amén de ciertas prácticas propias de un usurero avaro y de tener casi en el abandono el culto con sus feligreses por dedicarle más tiempo a las cosas del mundo que a las de su ministerio pastoral.<sup>29</sup>

Tal estado de cosas había llegado a oídos de muchos, aún fuera del obispado de Michoacán, de manera que cuando Félix María Calleja ocupó el virreinato, escribió al ministro de Gracia y Justicia para decirle que la diócesis michoacana había «sido la causa de la insurrección y cuya clerecía ha estado y está más relajada que ninguna otra».<sup>30</sup>

Con tal estado de cosas en el medio eclesiástico michoacano, cuando el orden social entró en franca crisis por el estallido insurgente y muchos curas del obispado se incorporaron al movimiento, y cuando todos los sencillos creyentes buscaban un referente de autoridad moral en el medio sacerdotal, la figura del señor Llanos y Valdés se agigantó.

#### **4. Los días del gran miedo**

Fueron los sucesos de las dos últimas semanas de noviembre, y a lo largo del mes de diciembre de 1810 en Valladolid de Michoacán, los que sacaron a Llanos y Valdés de su vida semi apartada del mundo y lo colocaron en el centro de los sucesos del momento. Por

<sup>28</sup> Cf. AGN, *Operaciones de guerra*, Vol. 446, ff. 44-45v.

<sup>29</sup> Cf. AGN, *Operaciones de guerra*, Vol. 446, ff. 44-45v.

<sup>30</sup> AGI, *Audiencia de México*, legajo 2568, ff. 8-10.

aquellos días, los habitantes de la ciudad vivían en un permanente estado de zozobra, pues desde varios meses antes de la entrada de Hidalgo a la ciudad se respiraba en ella un ambiente de franca y recíproca animadversión entre criollos y peninsulares, que llegó a su extremo cuando Miguel Hidalgo ocupó la ciudad, mandó detener y apresar a todos los españoles europeos que estuviesen en la capital michoacana, y los robos, destrucción y ultrajes se convirtieron en hechos cotidianos en la urbe, principalmente en contra de los peninsulares.

Esa fue la verdadera época del terror, pues la ciudad en general, y las casas de muchos españoles, en particular, fueron objeto del vandalismo y de la insolencia de miles de indios y castas. Según algunos informantes de esos tiempos, por aquellos días se llegaron a «celebrar juntas para degollar a los cristianos a sangre fría, robar sus intereses, azotar y estropear a sus hijas y mujeres sin culpa».<sup>31</sup>

Al parecer, algunas de aquellas juntas y grupos de saqueadores eran encabezados siempre por algunos criollos. Entre estos cabecillas de los robos y saqueos, se llegó a identificar, inclusive, a algunos prebendados de la catedral, como el canónigo Sebastián de Betancourt, de quien el brigadier José de la Cruz se expresó en términos francamente demoledores, diciendo que era un «hombre bajo, perverso y de la más mala índole que se conoce. Ha tenido parte activa en los robos que se han hecho y merecía según la opinión de las gentes de bien morir en una horca».<sup>32</sup>

Cuando Hidalgo y su tropa salieron hacia Guadalajara, unos ochenta y cuatro de aquellos peninsulares que habían sido apresados en la propia Valladolid de Michoacán, o en otros puntos cercanos, fueron sustraídos de su encierro y degollados en las proximidades de la ciudad por órdenes del mismo cura de Dolores, cosa que cuando se supo generó luto en muchas familias, y terminó por acrecentar el terror entre otras muchas que tenían familiares

---

<sup>31</sup> AGN, *Operaciones de guerra*, vol. 446, ff. 108-110v.

<sup>32</sup> AGN, *Operaciones de guerra*, vol. 4º, ff. 35-37v.

o amigos españoles y temían por su vida, pues en la ciudad aún habían quedado muchos españoles encerrados en diferentes conventos y colegios. Uno de éstos fue el ex colegio jesuita donde, al parecer, estaban ciento setenta españoles.<sup>33</sup>

Las anteriores matanzas no habían satisfecho el odio y profundo antigachupinismo de muchos, especialmente de varios de los que habían quedado en la ciudad, encargados de su gobierno civil y su defensa contra las fuerzas realistas quienes, cuando supieron que el brigadier José de la Cruz avanzaba hacia la ciudad y venía de una serie de sonadas victorias contra los insurgentes, a quienes había aplicado un extraordinario rigor, algunos de aquellos funcionarios nombrados por Hidalgo abandonaron la ciudad, mientras que otros optaron por continuar en sus desórdenes y crímenes.

Uno de aquellos criollos cabecillas de bandas que buscaban degollar españoles fue un individuo de nombre Tomás, y apodado el norteamericano –según Lucas Alamán– o el angloamericano –según otros autores–, de oficio herrero y originario de Toluca, quien la mañana del 26 de diciembre hizo correr la voz de que las tropas del rey, que ya se aproximaban a la ciudad, iban degollando insurgentes de doce años para arriba, por lo que «era conveniente matar a los gachupines que estaban en los conventos y después morir matando». Así pues, al grito de «mueran los gachupines», el tal Tomás norteamericano o angloamericano y un número considerable de enardecidos, que se iba incrementado, rápidamente, llegaron hasta el ex colegio jesuita, en donde, como se mencionó antes, estaban ciento setenta españoles.<sup>34</sup>

Los atumultuados, encabezados por el herrero toluqueño, que protagonizaban el episodio conocido como “la revolución del Anglo”, llegaron hasta el antedicho edificio. El cabecilla iba montado

<sup>33</sup> Cf. L. ALAMÁN, *Historia de Méjico*, II, Imp. de J. M. Lara, México 1850, 32.

<sup>34</sup> Cf. M. GUZMÁN PÉREZ, *Miguel Hidalgo y el gobierno insurgente en Valladolid*, Instituto de Investigaciones Históricas de la UMSNH/Secretaría de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, Morelia 2003, 176-177.

a caballo. Enseguida, comenzaron a golpear y empujar con violencia el portón buscando derribarlo, posiblemente también utilizando hachas para ese fin, pues al poco tiempo aquel extraordinario portón cedió y cayó hecho pedazos, dando paso a aquellos frenéticos y enloquecidos, quienes penetraron en busca de su objetivo: españoles para degollar, los cuales habían huido a la azotea y comenzaron a desenladrillarla para tener algo con qué defenderse.<sup>35</sup>

Como se ha mencionado antes, el racionero Jacinto Llanos y Valdés tenía su habitación en el ex colegio jesuita, por lo que es posible que en esos momentos estuviese presente en el lugar, o bien que estuviese a unos cien metros del mismo, en el templo de Las Rosas, de donde era vicario. El caso es que prontamente se interpuso entre los atumultuados y el acceso a las escaleras. Refiriéndose al señor Llanos y Valdés, el cura José María Zenón y Mejía, uno de los testigos oculares de aquellos episodios, y uno de los principales cronistas de ellos, señaló que gracias a ese «sacerdote celoso, que tuvo necesidad de arrodillarse ante aquellos bárbaros», se evitó más de una muerte.<sup>36</sup>

Otro testigo de los hechos, el señor Antonio Ignacio Camacho, ex rector del Seminario Tridentino de Valladolid de Michoacán, hizo notar que muchos europeos habían salvado la vida gracias a «las activas y oportunas providencias» que habían tomado algunos eclesiásticos encabezados por Llanos y Valdés, quienes con extraordinario valor «se metían entre las lanzas de los enemigos».<sup>37</sup>

Uno más de aquellos testigos presenciales de los días del terror en Valladolid de Michoacán, y también cronista de los hechos, el padre Mucio Valdovinos, señala que fue gracias a un tal padre Lu-

---

<sup>35</sup> Cf. M. GUZMÁN PÉREZ, *Miguel Hidalgo y el gobierno insurgente...*

<sup>36</sup> Cf. J. E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *Historia de la guerra de Independencia de México*, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175 aniversario de la Independencia Nacional y 75 aniversario de la Revolución Mexicana, México 1985, III, n. 154, 886. “Sermón predicado...”

<sup>37</sup> J. E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS, *Historia de la guerra de Independencia de México...*, III, n. 155, 892, cita 5.



jano, hombre de «una voz extraordinaria y una fuerza hercúlea», que se pudo someter al Angloamericano, al apoderarse del freno del caballo que éste montaba. Entre tanto, un joven criollo, de nombre Tomás García de Carrasquedo, resultó muy malherido, y después murió, al querer contenerlos. «Nada hubiera sido bastante para lograr este objeto –dice Mucio Valdovinos– si en aquellos mismos momentos no hubiera salido el Divinísimo del templo de Las Rosas, que está muy inmediato a La Compañía. Como por encanto cesó el tumulto, las masas se dividieron en pequeñas fracciones», debiéndose al prebendado Llanos y Valdés tan increíble logro.<sup>38</sup>

## 5. Su muerte y funerales

Entre 1810 y 1813, Valladolid de Michoacán vivió cinco intentos insurgentes por ser tomada.<sup>39</sup> La más importante de ellas fue en la que participaron José María Morelos y su estado mayor: Hermenegildo Galeana, Nicolás Bravo y Mariano Matamoros. Como se sabe, todas fueron frustradas por diferentes causas, pero lo importante a referir aquí fue que, por el peligro que corría la vida de varios peninsulares y criollos avecindados en la capital michoacana, Jacinto Llanos y Valdés jugó un importante papel prestando protección, ayuda y consuelo tanto a ancianos, como viudas y huérfanos. Además, a él le habían solicitado varios vecinos importantes de la ciudad, así como el cabildo catedral, que celebrase en el templo que había sido de los jesuitas diferentes misas de acción de gracias con sermón por los europeos que habían logrado salvar la vida en los días del terror en 1810.<sup>40</sup>

<sup>38</sup> Cf. L. ALAMÁN, *Historia de Méjico*, II, documento número 6, 388-389.

<sup>39</sup> Cf. L. ALAMÁN, *Historia de Méjico*, II, 196-198 y III, 112-113.

<sup>40</sup> Cf. J. JARAMILLO M., *Una elite eclesiástica en tiempos de crisis...*, 381; *A Morelos. Importantes revelaciones históricas. Autógrafos desconocidos de positivo interés. Inauguración del gran monumento en memoria del héroe inmortal*, Talleres de la Escuela Industrial Militar, Morelia 1913, *passim*.

La muerte del señor Jacinto Llanos y Valdés sucedió sin que precediera ninguna enfermedad grave ni notoria. De hecho, la misma tarde del día 21 de junio había sido citado para el cabildo del día siguiente, y él mismo «escribió y firmó de su puño y letra que refundía su voto en el señor deán», el doctor don Martín Gil y Garcés. Poco después de eso, manifestó «estar con temor por un ruido extraordinario que percibía en su aposento». Fue entre las ocho y las nueve de la noche que se encontró su cuerpo sin vida, «vestido y recostado en su cama en el aposento que habitaba en el colegio clerical»,<sup>41</sup> antiguo colegio de los jesuitas.

Fue seguramente por el toque de las campanadas de "muerte de canónigo" que los habitantes de Valladolid de Michoacán se enteraron del deceso. Sin embargo, fue la noticia de boca en boca la que hizo ver al público que por quien se doblaban campanas era por el señor Llanos y Valdés. Y aunque el cabildo catedral pretendió conducirse con discreción y sin mayor estrépito ni publicidad, «el público, atraído del olor de su ejemplar vida, concurrió a solemnizar sus exequias, asistiendo toda la capilla de músicos, sin estipendio alguno».<sup>42</sup>

Al día siguiente de su muerte, su cadáver fue trasladado al colegio de Las Rosas, donde había sido vicario casi desde su llegada a la capital michoacana, y donde fue velado ese día y esa noche. Es posible que ese haya sido un deseo del señor Llanos, pues en ese lugar pasaba gran parte de su tiempo en oración y ocupado en su ministerio sacerdotal, impartiendo los sacramentos. Sin embargo, según los estatutos del cabildo catedral, su cadáver debía ser enterrado en la catedral, por lo que al día siguiente fue llevado a ésta y colocado en la sala capitular. Fue ahí donde, durante el responso, se hicieron presentes todas las comunidades religiosas estableci-

<sup>41</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

<sup>42</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

das en la ciudad, así como las cofradías y un muy numeroso público que deseaba «tener el gusto de ver su cadáver».<sup>43</sup>

Si bien los funerales del señor Llanos fueron un suceso singular y atípico en la historia del cabildo catedral de Valladolid de Michoacán y de esta ciudad, hubo un par de aspectos dignos de resaltar, porque recuerdan varias de las hagiografías de aquellos primeros varones que introdujeron el Evangelio en diferentes rumbos de la Nueva España, y que murieron «en olor de santidad» y sus prendas y diferentes partes de su cuerpo fueron obtenidas como reliquias. En primer lugar, el hecho de que, según se consignó, aún «al tercer día de su fallecimiento no despedía mal olor», por lo que no hubo necesidad de poner cal en el sepulcro. El otro aspecto es el de que el concurso de gente a su sepelio fue tan numerosísimo, que estorbaban la maniobra de bajar el ataúd, además de que la gente le arrancaba pedazos de sotana, «que ya la traía a medias de Las Rosas, y cortándole los cabellos con tijeras».<sup>44</sup>

#### CONCLUSIONES

La guerra de independencia se libró en diferentes frentes y de muy diferentes formas, por lo que los actores no se redujeron al nivel militar ni político. Como se ve, en algunas poblaciones novohispanas, como Valladolid de Michoacán, la activa participación de clérigos como Llanos y Valdés resultó de fundamental valía para evitar males mayores a los que, en sí misma, trae una guerra.

Al final, Llanos y Valdés quedó constituido en uno de los últimos representantes de aquel clero que se buscó formar en los ideales del Concilio de Trento, aderezado con aspectos de la teología positiva y del llamado "jansenismo", o movimiento reformista, que latió con gran fuerza al interior de la Iglesia católica desde me-

<sup>43</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

<sup>44</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

diados del siglo XVIII, y que postulaba una vuelta a los verdaderos ideales y estilo de vida del cristianismo, teniendo siempre como fuente principal e ineludible las Sagradas Escrituras.

Con relación a eso último, salta a la mente inmediatamente la pregunta sobre qué otros autores y obras habrá leído Llanos, además de, por supuesto, la Biblia. Sin embargo, no se tiene la respuesta. Sólo se sabe, por el certificado de su muerte, en el que se consigna el inventario de sus bienes, que entre los muy pocos y "miserables" que tenía de ropa y muebles, tenía «algunos pocos libros y breviarios»,<sup>45</sup> sin que se mencionen nombre de autores ni títulos. Tampoco se está en condiciones de intuir, suponer, ni mucho menos imaginar esos datos, dado lo nada explícito de esa noticia, pues desde los principios mismos del cristianismo ha habido gran cantidad de breviarios, además de que en diferentes naciones se han publicado numerosos tipos de ellos.

Se puede concluir este breve texto subrayando el hecho de que, más allá de buscar las ideas teológicas, políticas o filosóficas en el señor Llanos y Valdés, y más allá de buscar en él una figura intelectual, se ve en su trayectoria a un verdadero hacedor de la palabra. A un cristiano que, con su ejemplo de vida, contribuyó a salvar la vida de decenas de peninsulares, que vieron amenazada su existencia en aquellos peligrosos y violentos sucesos de noviembre de 1810 en Valladolid de Michoacán; que fue factor, de primer orden, en la pacificación y resolución en diferentes conflictos, pero que, finalmente, fue el pilar sobre el cual se sostuvieron los principios de humildad, humanitarismo, espiritualidad y congruencia, con la naturaleza más primitiva y original de su ministerio.

---

<sup>45</sup> ACCM, *Actas de cabildo*, libro 45, años 1814-1815, sesión de cabildo del 23 de junio de 1815, ff. 135-136v.

Sumario:

La crisis provocada en todos los ámbitos de la vida virreinal novohispana por la guerra independentista dio ocasión para que la imagen de Jacinto Llanos y Valdés, canónigo de la catedral michoacana, brillará intensamente. Sus cualidades como hombre caritativo, limosnero y conciliador lo llevaron a construir una autoridad moral que le hicieron posible lograr la obediencia de miles de atomuados en los sucesos de noviembre de 1810.

Summary:

The crisis provoked in all spheres of viceroyalty life in New Spain by the war for independence gave the image of Jacinto Llanos y Valdés, canon of the Michoacán cathedral, the opportunity to shine brightly. His qualities as a charitable, alms-giving and conciliatory man led him to build a moral authority that made it possible for him to achieve the obedience of thousands of people in the events of November 1810.

**Palabras clave:** Guerra de independencia, santidad, Jacinto Llanos y Valdés, diócesis de Michoacán, cabildo de Michoacán.

**Keywords:** War of independence, sainthood, Jacinto Llanos y Valdés, Diocese of Michoacán, Chapter of Michoacán.